

JENNY HAN

Para
siempre,
Lara
Jean



CROSS
BOOKS

*Para
siempre,
Lara Jean*

JENNY HAN



CROSSBOOKS, 2018
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Always and forever*, Lara Jean
© del texto: Jenny Han, 2017
Publicado mediante acuerdo con Folio Literary Management, LLC
y International Editors'Co.
© de la traducción: Rosa Sanz, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2018
ISBN: 978-84-08-18529-1
Depósito legal: B. 5.121-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Me gusta observar a Peter cuando no sabe que lo estoy haciendo. Disfruto admirando la línea recta de su mandíbula y la curvatura de sus pómulos. Tiene un rostro franco, inocente, dotado de cierta ternura. Es esa ternura lo que me llega al corazón.

Es viernes por la noche y estamos en casa de Gabe Rivera después del partido de *lacrosse*. Ha ganado nuestro instituto, así que todo el mundo está de buen humor, sobre todo Peter, que ha marcado el tanto decisivo. Lo veo al otro lado de la habitación, jugando al póker con sus compañeros de equipo; está sentado con la silla inclinada hacia atrás y la espalda contra la pared. Aún tiene el pelo húmedo de la ducha tras el partido. Yo estoy en el sofá con mis amigos Lucas Krapf y Pammy Subkoff, quienes hojean el último número de la *Teen Vogue* mientras debaten acerca de si Pammy debería dejarse flequillo.

—¿A ti qué te parece, Lara Jean? —me pregunta Pammy a la vez que se pasa la mano por el cabello de color zanahoria.

Pammy es mi nueva amiga: la he conocido porque sale con Darrell, uno de los mejores amigos de Peter. Tiene cara

de muñeca, redonda como un molde de tarta, y las pecas le cubren la cara y los hombros como virutas de chocolate.

—Creo que el flequillo es un compromiso muy serio que no debe tomarse a la ligera. Según lo rápido que te crezca el pelo, podrías tardar hasta un año o más en deshacerte de él. Pero si lo tienes claro, creo que deberías esperar hasta otoño, porque pronto llegará el verano, y el flequillo en verano puede ser pegajoso, hacerte sudar y ser muy molesto... —Desvió la mirada otra vez hacia Peter, que me pilla mirando, y enarca las cejas con un gesto curioso. Yo me limito a sonreírle y niego con la cabeza.

—Entonces ¿no me corto el flequillo?

Me suena el teléfono en el bolso. Es un mensaje de Peter.

¿Quieres irte?

No.

Entonces ¿por qué me mirabas así?

Porque me apetecía.

Lucas está leyendo nuestra conversación por encima de mi hombro, así que lo aparto de un empujón. Niega con la cabeza y me pregunta:

—¿En serio os escribís mensajes cuando estáis a seis metros el uno del otro?

—Son tan adorables... —dice Pammy, arrugando la nariz.

Estoy a punto de responderles cuando veo que Peter cruza la habitación hacia nosotros con aire decidido.

—Ha llegado la hora de que lleve a mi chica a casa —dice.

—¿Qué hora es? —quiero saber—. ¿Ya es tan tarde?

—Peter me levanta del sofá y me ayuda a ponerme la chaqueta. Entonces me agarra de la mano y me conduce hasta la puerta a través de la sala de estar de Gabe. Miro atrás y me despidió con la mano.

—¡Adiós, Lucas! ¡Adiós, Pammy! Por cierto, ¡creo que estarías preciosa con flequillo!

Cuando llegamos a la acera donde ha dejado el coche, le pregunto a qué viene tanta prisa. Entonces se para, me atrae hacia sí y me besa, todo en un mismo movimiento repentino.

—No puedo concentrarme en las cartas si me miras así, Covey.

—Lo siento —empiezo a decir, pero vuelve a besarme, con las manos firmes sobre mi espalda.

Al entrar en el coche, miro el salpicadero y compruebo que solo son las doce.

—Todavía me queda una hora antes de volver a casa. ¿Qué hacemos?

De toda la gente que conozco, soy la única persona que aún tiene toque de queda. Cuando el reloj marca la una, me convierto en calabaza. Todo el mundo se ha acostumbrado ya a que la novia santurróna de Peter Kavinsky tenga que estar en casa antes de la una. Nunca me ha molestado demasiado tener una hora de vuelta. Y, la verdad, tampoco es que me esté perdiendo gran cosa. ¿Cómo decía el viejo adagio? Nunca pasa nada bueno después de las dos de la madrugada. A no ser que te encante ver a la gente jugar a voltear el vaso con alcohol toda la noche. A mí no. No, yo prefiero quedarme en casa con mi pijama, una taza de té de buenas noches y un libro, muchas gracias.

—Podemos ir a tu casa. Me gustaría entrar a saludar a

tu padre y quedarme allí un rato. Podríamos terminar de ver *Aliens*.

Peter y yo nos estamos poniendo al día con nuestra lista de películas, que consiste en mis elegidas (mis películas favoritas que no ha visto), sus elegidas (sus películas favoritas que no he visto) y otras que no hemos visto ninguno de los dos. *Aliens: El regreso* era una de las elegidas de Peter, y la verdad es que estaba bastante chula. Y, aunque una vez dijo que odiaba las comedias románticas, a Peter le gustó mucho *Algo para recordar* y, qué alivio, porque no sé cómo podría estar con alguien a quien no le gustara *Algo para recordar*.

—Aún no quiero volver a casa —le digo—. Vamos a otro sitio.

Peter se lo piensa un momento, tamborileando los dedos sobre el volante, hasta que dice:

—Ya sé adónde podemos ir.

—¿Adónde?

—Espera y verás —responde. Entonces baja la ventanilla y el frescor nocturno se cuele en el coche.

Me reclino en mi asiento. Las calles están vacías; casi todas las luces de las casas están apagadas.

—Deja que adivine. Vamos a la cafetería porque tienes un antojo de tortitas con arándanos.

—No.

—Mmm. Es demasiado tarde para ir al Starbucks, y Biscuit Soul Food estará cerrado.

—Oye, que la comida no es lo único en lo que pienso —protesta. Luego—: ¿Queda alguna galleta en el táper?

—Se han acabado, pero puede que tenga alguna en casa si Kitty no se las ha comido todas.

Saco el brazo por la ventanilla y lo dejo colgando. Ya

quedan pocas noches como esta, en las que todavía hace bastante frío para ponerse chaqueta.

Miro el perfil de Peter con el rabillo del ojo. A veces sigo sin poder creerme que sea mío. El chico más guapo de todos los chicos guapos es mío y solo mío.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

Diez minutos más tarde avanzamos en dirección al campus de la Universidad de Virginia, aunque nadie lo llama «campus», sino simplemente «el césped». Peter aparca a un lado de la calle. Está muy tranquilo para ser un viernes por la noche, pero son las vacaciones de Semana Santa, así que no hay mucha gente.

Caminamos por el césped con las manos enlazadas cuando de repente me invade una sensación de pánico. Entonces me paro en seco y le pregunto:

—Oye, no me dará mala suerte estar aquí antes de matricularme de verdad, ¿no?

Peter se echa a reír.

—No es una boda. No te vas a casar con la uni.

—Para ti es fácil decirlo, porque ya has entrado.

Peter se había comprometido con el equipo de *lacrosse* de Virginia el año anterior, y luego se había preinscrito en otoño. Como casi todos los deportistas, tenía asegurada la entrada a la universidad siempre que sus notas siguieran siendo decentes. Cuando recibió la confirmación oficial en enero, su madre le organizó una fiesta y yo le hice una tarta en la que ponía «Universidad de Virginia» con glaseado de color amarillo.

Peter me tira del brazo y dice:

—Vamos, Covey. Somos nosotros los que creamos nuestra propia suerte. Además, estuvimos aquí hace dos

meses por aquello del Centro Miller.

—Es verdad. —Me relajo.

Proseguimos nuestro paseo por el césped. Ya sé adónde vamos a ir ahora. A la Rotonda, a sentarnos en la escalinata. Quien diseñó la Rotonda fue Thomas Jefferson, fundador de la universidad, y lo hizo inspirándose en el Panteón, con sus columnas blancas y su enorme cúpula. Peter sube los escalones corriendo como si fuera Rocky y se tira al suelo. Yo me siento enfrente de él, inclinada hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Sabes qué? —empiezo a decir—. Una de las peculiaridades de esta universidad es que en su centro, justo en medio de la Rotonda, hay una biblioteca en lugar de una iglesia. Eso es porque Jefferson era partidario de la separación entre la universidad y la Iglesia.

—¿Lo has leído en el folleto? —Peter se burla de mí mientras me planta un beso en el cuello.

—Lo aprendí en la visita guiada que hice el año pasado... —respondo embobada.

—No me habías contado que hubieras hecho ninguna visita. ¿Por qué lo hiciste si ya eres de aquí? ¡Habrás venido un millón de veces!

Tiene razón: he estado aquí un millón de veces. Solía venir de pequeña con mi familia. Cuando mi madre aún vivía, íbamos a ver los recitales de los Hullabahoos porque le encantaba la música a capela. Nos sacamos un retrato familiar en el césped del campus. Los domingos hacíamos picnics después de misa.

Me vuelvo para mirar a Peter.

—¡Hice la visita porque quería conocer todos los detalles del campus! Cosas que no se saben solo por vivir aquí. Como, por ejemplo, ¿sabes en qué año permitieron la en-

trada a las mujeres?

Se rasca la nuca.

—Pues... ni idea. ¿Cuándo se fundó la universidad, a principios del siglo XIX? Entonces, no sé, ¿en 1920?

—Pues no, en 1970. —Me vuelvo y miro al frente, hacia el césped—. Después de ciento cincuenta años.

—Madre mía, no me lo puedo creer —responde interesado—. Venga, cuéntame más cosas.

—La de Virginia es la única universidad de Estados Unidos que ha obtenido el título de Patrimonio de la Humanidad según la Unesco —comienzo a explicar.

—Da igual, no me cuentes más cosas —me dice, y le doy un cachete en la rodilla—. Mejor contéstame una pregunta. Dime qué es lo que te hace más ilusión de venir aquí a estudiar.

—Tú primero. ¿Qué es lo que te hace más ilusión?

—Muy fácil —responde Peter en el acto—. Correr contigo desnudos por el césped.

—¿Eso es lo que más te apetece? ¿Correr por ahí en bolas? Yo jamás he hecho eso, por cierto —apostillo. Él se ríe.

—Es una tradición universitaria. Pensaba que respetabas las tradiciones.

—¡Peter!

—Es broma. —Entonces se acerca a mí y me rodea con el brazo, enterrando la nariz en mi cuello como le gusta hacer—. Te toca.

Me sumo en mis ensoñaciones durante un momento. Si me aceptaran aquí, ¿qué sería lo que más ilusión me haría? Son tantas cosas que no puedo nombrarlas todas. Estoy deseando desayunar gofres con Peter todos los días en el comedor. Bajar juntos en trineo por la colina cuando haya nevado. Hacer picnics cuando haga buen tiempo. Quedar-

nos toda la noche hablando, despertar y seguir hablando. Lavar la colada en plena noche, las excursiones improvisadas. Todo...

Al final, digo:

—Es que no quiero gafarlo.

—¡Venga ya!

—Vale, vale... Supongo que lo que más me apetece es... poder entrar en la Sala McGregor cuando me dé la gana.

La gente la llama «la sala de Harry Potter» porque en ella hay alfombras, candelabros, sillones de cuero y retratos colgados. Las estanterías suben desde el suelo hasta el techo, y todos los libros están protegidos tras rejillas de metal como los valiosos objetos que son. Es una estancia anclada en otro tiempo. En ella se respira un silencio reverente. Una vez hubo un verano —yo tendría cinco o seis años, porque Kitty aún no había nacido— en el que mi madre se apuntó a una clase de la universidad, y solía ponerse a estudiar en la Sala McGregor, mientras que Margot y yo nos dedicábamos a pintar o a leer. Mi madre la llamaba la «biblioteca mágica», porque Margot y yo nunca nos peleábamos cuando estábamos dentro. Nos quedábamos quietas como estatuas, impresionadas ante todos esos libros y los chicos mayores que la ocupaban.

Peter parece decepcionarse. Seguro que pensaba que iba a decir algo relacionado con él. Con nosotros. Pero, por algún motivo, de momento prefiero guardarme esas expectativas para mí sola.

—Puedes venir conmigo a la Sala McGregor —digo—. Pero tienes que prometer que no harás ruido.

—Lara Jean —me dice Peter cariñosamente—, eres la única persona que conozco que está deseando ponerse a

estudiar en una biblioteca.

En realidad, y solo a juzgar por lo que he visto en Pinterest, estoy bastante segura de que hay muchas personas a quienes les gustaría visitar una biblioteca tan bonita como esa, pero Peter no los conoce. Me considera tan peculiar que no pienso ser yo quien le informe de que no lo soy tanto, y de que hay un montón de gente a la que le gusta quedarse en casa, hacer galletas y álbumes de recortes y visitar bibliotecas. La mayoría de ellas tienen más de cincuenta años, pero eso da igual. Me gusta su manera de verme, como si fuera una ninfa de los bosques con la que se tropezó un día y a la que no tuvo más remedio que llevarse a casa para siempre.

Se saca el móvil del bolsillo de la sudadera.

—Son las doce y media. Deberíamos irnos en breve.

—¿Tan pronto? —suspiro. Me gusta estar aquí de noche. Es como si todo esto fuera nuestro.

En el fondo, siempre he querido estudiar en la Universidad de Virginia. Nunca había pensado en ir a otro sitio, ni se me pasaba por la cabeza. Iba a presentar la preinscripción cuando lo hizo Peter, pero la señora Duvall, mi consejera académica, me recomendó que esperase un poco, ya que sería mejor mandarles mis notas del último año. Según ella, siempre era aconsejable mostrarte en tu mejor momento.

Así pues, terminé enviando solicitudes a cinco universidades distintas. Al principio solo iba a pedir plaza en Virginia, en la que es más difícil entrar y que está a un cuarto de hora de casa. Después, en la William and Mary, la segunda más difícil y también mi segunda opción (a dos horas de distancia); y luego estaban la Universidad de Richmond y la James Madison, ambas a una sola hora de

viaje, empatadas en el tercer puesto. Todas en el mismo estado. Sin embargo, la señora Duvall me convenció para que me presentara a una universidad de otro estado, por si acaso, por tener otra opción, así que envié una solicitud a la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Es muy difícil que te acepten en una universidad de otro estado, pero escogí esa porque me recuerda a la de Virginia. Tiene un buen programa de humanidades, y no queda demasiado lejos, lo justo para poder volver a casa en caso de emergencia.

No obstante, si pudiera elegir, seguiría quedándome con Virginia sin ninguna duda. Nunca he deseado estar lejos de casa. No soy como mi hermana mayor. Ella soñaba con irse a algún lugar lejano. Siempre ha querido ver mundo. Yo soy más hogareña y, para mí, mi hogar es la Universidad de Virginia, y por eso la prefiero antes que a todas las demás. Tiene un campus de cuento, y todo en ella es perfecto. Y, por supuesto, tiene a Peter.

Seguimos allí un rato mientras le cuento más cosas de la universidad a Peter y él se ríe de mí por saberme tantas anécdotas. Luego me lleva a casa. Es casi la una cuando aparcamos delante de la entrada. Todas las luces de la planta baja están apagadas, pero la de mi padre sigue encendida. Nunca se acuesta antes de que vuelva a casa. Voy a abrir la puerta del coche, pero Peter se arrima a mi lado y me corta el paso.

—Quiero mi beso de buenas noches —dice.

—¡Peter! —Me río—. Tengo que irme.

Entonces cierra los ojos con tozudez y se queda quieto. Me inclino hacia él y le doy un pico en los labios.

—Ya está. ¿Contento?

—No. —Me besa otra vez, como si tuviéramos todo el

tiempo del mundo, y dice—: ¿Qué pasaría si volviera cuando estén todos durmiendo, me quedara contigo y me fuera por la mañana muy temprano, por ejemplo, antes de que amanezca?

—No puede ser, así que nunca lo sabremos —le respondo con una sonrisa.

—Pero ¿y si lo hiciera?

—Mi padre me mataría.

—No es cierto.

—Te mataría a ti.

—No es cierto.

—No es cierto —le reconozco—, pero se sentiría muy decepcionado conmigo, y se enfadaría contigo.

—Solo si nos pillara —señala Peter, pero sin mucha convicción. Él tampoco se arriesgaría tanto. Le preocupa demasiado caerle bien a mi padre—. ¿Sabes qué es lo que más me apetece? —Me tira con suavidad de la trenza y añade—: No tener que decir «buenas noches». Odio decir «buenas noches».

—Yo también —contesto.

—Estoy deseando que estemos en la universidad.

—Yo también.

Le doy otro beso antes de salir del coche y me voy corriendo a casa. Mientras camino, miro a la luna, al manto de estrellas que cubre el cielo nocturno, y pido un deseo. «Por favor, Dios, haz que entre en la Universidad de Virginia.»